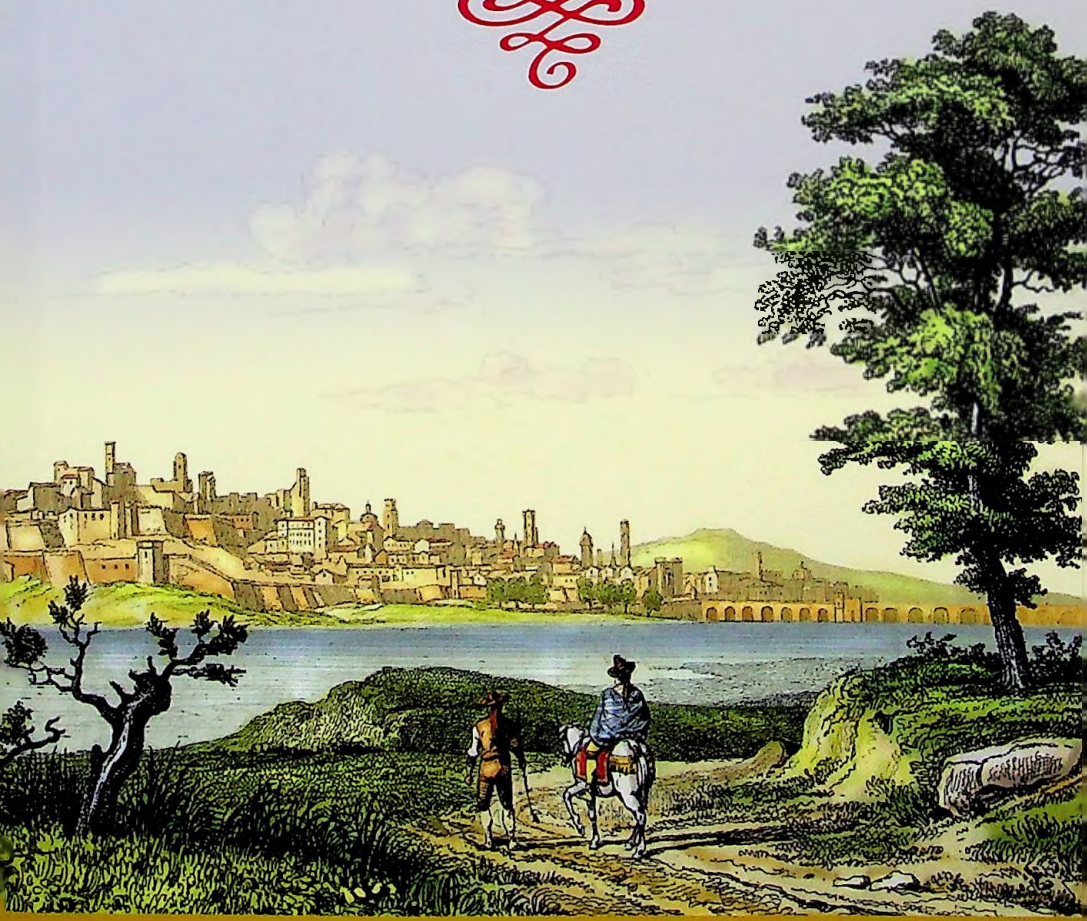
CAMINO APARICIO BARRAGÁN

Lázaro, de nuevo



PRIMER PREMIO *EL LAZARILLO Y LA PICARESCA*

Lázaro, de nuevo

Edita: Bartolomé Gil Santacruz

Dep. Legal: BA-388/2004

Imprime:
Tecnigraf, S.A.
Badajoz

CAMINO APARICIO BARRAGÁN

Lázaro, de nuevo

PRIMER PREMIO

EL LAZARILLO Y LA PICARESCA

Que no ay libro por malo q sea,
que no tenga alguna cosa buena

Prólogo
Lazarillo de Tormes

PRÓLOGO

Cuando en el año dos mil uno, el Ayuntamiento de Barcarrota organizó el premio *"El Lazarillo y la Picaresca"* se consiguió, como marcaban los objetivos, incentivar a las nuevas generaciones para acercarse a una determinada etapa literaria de nuestra rica historia cultural.

De entre los trabajos premiados hay que destacar uno especialmente. Se trata del que ahora tenemos la suerte de ver publicado y que, para completar los objetivos lógicos de cualquier certamen, ahora, aunque tarde, se ofrece al público para su disfrute.

Camino Aparicio Barragán, de Medina del Campo, nos obsequió con su LÁZARO DE NUEVO, un hipotético episodio olvidado, perdido u ocultado de nuestro internacional Lázaro, y que obtuvo el primer premio en el mencionado certamen.

El empresario extremeño Bartolomé Gil Santacruz, mecenas a la antigua usanza, padrino de tantas realidades culturales extremeñas (las Obras Completas de Luis Álvarez Lencero; la colección de poesía "Kilix"...) ha puesto a disposición de este Ayuntamiento la costosa decisión de dar a la luz este bello capítulo de la vida de Lázaro de Tormes.

Por tanto una obra más que añadir al cada día más abundante material bibliográfico de nuestra localidad. Cantidad en este caso que no desmerece de su calidad.

Marina González Rubio

Concejala de Cultura, Educación, Juventud y Deporte del Ayuntamiento de Barcarrota

Permítame Vuestra Merced, acompañarle en este preludio de sus sueños, en esta sobremesa de su comida o acaso en este momento de entretenimiento o trabajo, pues la lectura, aunque por sano vicio se tenga, en ocasiones se recurre a ella por trabajo. Y ese ha sido el caso de una servidora que le escribe.

Confieso; soy culpable. Yo también he sentido deseos alguna vez, como en el momento de ahora, de alabanza y por este mismo hecho me expongo en el instante al peligro de dar a luz mi pequeña obra, que aunque pequeña, bien pudiera merecer, según mi indecisa soberbia, algún halago venido de un pobre desgraciado que por lástima diga que mi historia no está mal, o aun, que no es la peor. Y con eso, o con que le sirva de distraccion, mi gozo estará repleto.

Y sí, que yéndome por los cerros de Úbeda no llego do quería. Pero si marcha atrás vuelvo un poco, recuerdo hablando haber estado de que a esto que en las manos de Vuestra Merced se encuentra, llegué yo por motivos de trabajo.

Acontecióme no ha mucho tiempo, que me enteró otra persona, a la que no creo oportuno mencionar, de que se hacía en

algún lugar una recogida de obras para deliberar cuál era la mejor de entre ellas.

Yo por entonces tenía por oficio o mejor, quería tener, el de con elocuencia y buen saber, engarzar una tras otra las palabras hasta darles forma de historia, cuento o incluso leyenda. Juntóseme aquella vocación mía con esa embriagadez del soñarme ya vencedora y reconocida escritora hasta el punto de, como ya digo, alumbrar esta obra.

Y aunque embarazo no fuese ni nueve meses durare (por no haber tiempo en la entrega del dicho trabajo, que si por mi hubiere sido, de elefante la gestación) a pesar de aquello, no fue fácil el periodo encinto y menos el parto.

No pudiendo yo dar rienda suelta a mi imaginación, debíame atener a las normas de las señorías que en esta empresa por encima de mí mandaban. El trabajoso, y valga la redundancia, trabajo, de pícaro debía ser. Tan de pícaro que a mí me picó y emprendíme en la aventura de leerme los dos libros importantes y encabezantes de este tema y de las normas que lo regían.

Uno era muy conocido por mí (aunque seguimos sin saberle autor) "La vida del lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades". Qué divertidos aquellos ratos que pasamos juntos, él en el libro y yo en mi otro mundo. Volví a encontrarme con él rápidamente: tanto que cuando cuenta quise darme, ya había acabado su visita.

A la otra obra me acercaba yo con más pudor pero no con menos avidez y entusiasmo, "Las nuevas andanzas y desventuras del Lazarillo de Tormes". Andanzas, y más bien desventuras, las que corrió una servidora para hallar el libro, mas eso lo dejo para otro momento.

Presta estaba por leer las dos obras pues, ingenua de mí, creí que con ellas en mi memoria había ya todo hecho o casi. Teníalo yo leído ya y me encontraba sin saber qué hacer. Se me cerraron las ideas. Cuando creí que lo iba a resolver todo, todo era lo que me faltaba por hacer.

Mi angustia llegó a ser obsesiva. Transcurríame el tiempo más veloz que lo había hecho nunca y llegándose el plazo para entregar mi obra, buena o mala, pero obra al fin, encontrábame yo sin ella y aún peor, sin algo con qué hacerla, pues de elocuencias e ingenios estaba desierta mi cabeza.

Mi estado llegó a lo que nunca debió, o bien mirado, donde antes debía haber ido.

En mi obra y mi desdicha sólo pensaba. Encontrábame muy agobiada, ya no comía apenas por no ser capaz de digerir una idea y pesadillas en las noches tenía con el tema.

Mas uno de los días, sin haber ido a la escuela por encontrarme tan mal de la opresión y los nervios, quedáronme sola en la casa y vencida por el cansancio del ajetreo que había en el interior de mi conciencia, quedéme dormida cual bebé que acaba de nacer.

Y estando entre sueños vi yo a un hombre que me hablaba y se decía ser Lázaro el de Tormes. A su lado se encontraba otro hombre, algo más joven que hacíase pasar por su nieto al responder por Lázaro también, pero el de Ledesma. Y contóme aquel primer hombre una historia que dijo no escribió en su día por no sabía qué y que por razón alguna creyó oportuno hacer llegar a la luz en ese momento y por mí.

Y ya entretenerle más con mi vida no quiero, que lo que trato ahora es de hacerle llegar la historia nunca contada de este lazarillo que guióme en mi ceguera y que a Vuestra Merced juez y fiscal de mi obra, toca juzgar si mal o bien.

Tratado ante cuarto

O de cómo Lázaro hizo un viaje hasta tierras extremeñas y lo que por estas tierras ocurrióle

Así aconteció que habiendo dejado al escudero éste, o por más cierto, él habiéndome abandonado a mí y encontrándome yo con el fraile de la Merced con el que me aposenté, tuvo éste último que dar un viaje hasta tierras extremeñas para llegar a la capital, Badajoz o como últimamente la estaban dando a conocer, Civitas Pacis, y dar allí cuenta de algunos asuntos que me parecieron a mí turbios, aunque jamas me contó y atrevido por preguntárselos no me hice por lo que pasar pudiera, que si bien muy joven aún, y por esto ingenuo, escarmentado no iba poco y desconfiado menos. De esta manera hícele creer que me conformaba con aquella disculpa de tener que visitar a no sé qué pariente que inventóse tener en esas tierras. Y como mejor cosa no tenía que hacer, y me parecía que a su lado no me faltaría qué comer, pues hasta el momento menos en esto en lo demás todo racaneó mi nuevo amo, a acompañarlo me dispuse.

De modo que, no habiendo descansado suficiente de todo el mal ajetreo de aquel mi tercer amo, regalóme el tal fraile mis primeros zapatos, que ora digo buenos ora malos, por no tener entonces a qué haberlos de comparar, y me hice yo con ellos a la ventura de aquella empresa. Con ellos y nada más pues otra cosa no tenía mía más que lo que llevaba puesto, lo que me quisieran dar o lo que yo pudiera conseguir por medios más o menos honestos.

Comenzamos a caminar el primer día tierras abajo de los rededores de mi Salamanca y sus pueblos vecinos. Aquello que pasó bien quisiera yo poder olvidarlo, mas temo que ya jamás pudiera.

Empezamos nuestra andadura el fraile, yo y una terca mula que habíale regalado una familia devota por los servicios espirituales que éste les había prestado. La mula como digo era terca y por mal o por bien yo en gracia no debíle de caer. No es que mi amo dejárame mucho montar en ella, que zapatos para caminar, decía, me había dado y no para no estrenarlos. Pero las pocas veces que en ella conseguíame montar, parabase como burro y no había forma de hacerla mover, daban igual palos que voces, se apostraba en el camino y así podíase estar días si yo no cediese.

A estas alturas, pienso yo que el fraile amaestrádola había para que esto hiciese y como yo fuera joven y nunca antes hubiere tenido el privilegio de con semejante medio contar, no sabía de los trucos y tramas que habíame de gastar con ella. Y de esta forma desgastáronseme los zapatos antes que tiempo para darlos lustre tuviese.

Pasaron entre esto los primeros días en que no de la peor forma comí, teniendo en cuenta que conocía lo que no era probar bocado, mas aun de este modo siendo, mi hambre no terminábase de saciar y para más, fui notando desde ya, por parte de mi amo, más aprecio y mejores cuidados y alimentos a la mula que a mí. Que aunque yo intentara ganarme los favores del animal, no conseguí sino más enemistad de ella si eso es lo que un animal puede tener hacia uno como yo.

Había yo comprobado que gustábanle mucho a la mula los rebojos de pan y no hice yo más que ahorrarle trabajo a mi amo y procurarme, ya de puesto, un pequeño beneficio. De tal forma que cuando el amo iba a darle alguna migaja, que a mí quedábame sin ella por esto, yo le decía para que no se molestase y llevárselo yo. Así quedaba a la mula sin su premio, mas a pesar que en un principio comíame yo, mas por hambre

que por otra cosa, el pan, las mas veces lo guardaba con el propósito con el que comencé yo esta tarea.

Que cuando las pocas ocasiones me dejaba el fraile, subíame muy presto yo a la mula, que siempre se paraba y en balde era todo esfuerzo por hacerla mover. Y una de las veces, estando el fraile distraído en otros menesteres, quise probar si podía yo más que la mula y subime en ella. Claro es que no se movió, entonces me bajé y dile todos aquellos rebojos de pan duro que guardaba, recordándole a la oreja, como si me fuese a entender que era yo quien se lo daba y no el amo. La mula comióselo sin prisa alguna y mientras, yo seguíale diciendo tontadas. Se dio la mula una media vuelta y creyendo que habíase arrancado ya y decidido a moverse aunque me cargara a mí, me fui a montar por tras cuando me sacudió una coz en todo el estómago que hasta el pan de tres días atrás saqué yo de mis tripas y como notó que esto se lo echaba yo por el rabo suyo, púsose como una mala bestia y algún que otro golpe más aún recibí.

Llegó el amo mío entre tanto y viendo tan contrariada a la mula, increpóme por lo mal tratada que tenía a la bestia. La desgracia no pudo por menos acabar ahí pues luego de ver todo lo que de mí había podido salir, recortóme la ya escasa ración de sustento que tenía.

Ganas no me faltaban de ver la hora en que desapareciese la mula mas no del modo que lo hizo me gustó a mí. Obligábame el que decían buen fraile a pasar la noche a cielo descubierto cuando hacía buen tiempo, que por aquel entonces eran casi todos los días, y sólo me procuraba resguardar si veía mucho frío, o el agua empapábame los huesos, pues no quería que cogiese yo gran frío porque con enfermedades, decía, no le serviría de mucho.

Tal noche en que no hacía muchas horas había sufrido yo aquel percance, cansado por el golpe y descompuesto aún de mis tripas, quedéme profundamente dormido al resguardo de un árbol, con la mula lejos de mi vida y mi amo aún sin ir a acostar.

Tan cansado que ni sueños fui capaz de procurar esa noche y ya podíase haber caído el árbol sobre mí, que antes muerto que despierto. Utilizó esto el fraile, o tal vez a falta de costumbre por quererme se olvidó de que era yo compañía suya, el caso es que cuando hice por ver el sol, bien entrado el día, ni mula ni fraile quedaba por allí. Me dijeron en la casa en la que durmió el aprovechado de mi amo, que no lo sería ya más, que había madrugado y que al alba habíase encaminado por el mismo sitio por el que nos llegamos el día anterior.

No sabía yo qué hacer, pues ahora me encontraba solo, alejado ya de las tierras que yo conocía y sin nada de más valor que mi alma, la cual ya debía estar perdida. Como el tal fraile me había dicho por donde más o menos íbamos a pasar para llegar a la aquella capital y no había tenido muy buena experiencia con los amos con los que me había ido aposentando, decidí seguir yo solo aquel viaje que esperaba me llevase a otro amo que mejor vida me diese, aunque no sin pena me alejaba de mi tierra y con la angustia de alejarme demasiado sin saber bien dónde ir.

Iba yo de pueblo en pueblo y aunque no era muy niño ya, todavía se apiadaban de mí y aun con mala gana por parte de muchos, no me faltó al día un pequeño bocado con el que engañar al hambre.

Fue ya dejado atrás el río Jerte, cuando vino a pasarme algo también en la noche, que digo yo que si la noche tiene algo especial pues todas mis desgracias me vienen a pasar en este tiempo. Mas luego pude comprobar que no era motivo el de la luz, pues de día también me sucedían desdichas. Pero, como decía, aquello vino a ser en la noche. Y es que viendo yo el cielo bien cubierto de estrellas y por esto clara la noche, decidí quedarme a dormir a la intemperie, que si bien no tenía otro mejor sitio en donde pasar la noche, aquella es que me apetecía.

No había podido comer mucho en ese día así que presto estuve en despistar mi hambre con un buen sueño. Estando muy dormido, supongo que ya bien pasada la media noche, oigo yo ruidos que acierto a decir que

no eran de mí, sino de alguien que andaba cerca. Abro los ojos y me los encuentro allí a los dos ladrones que me estaban medio desnudando. Empiezo yo a gritar como un loco por si alguien me pudiese asistir, pero los pícaros de ellos me habían alejado ya del camino y era difícil que alguien se alarmase. Y a la misma vez que grito intento golpearles pero como fueran ellos el doble en número que yo y bastante más fuertes por triplicarme por lo menos la edad, pudieron más y me quedaron allí tirado atolondrado por la tanda de golpes, que fue lo único que me dejaron.

Ahora descamisado, sólo rezaba por que hiciese buen tiempo para no enfermar pues no encontraría nadie que cuidase de mí.

Ya amanecido el día, dudé menos en un instante por seguir mi viaje a las tierras desconocidas, pues con los de las mías ya veía yo que no tendría buen futuro. Mas por otro momento dudé más de seguir que nunca pues arriesgaba mi vida y mi persona si los otros eran aún peores.

Me puse en pie para decidirlo y al ir a echar a andar, me di cuenta de que me faltaba un zapato que los bandidos ladrones estarían bien aprovechando. Aquello me dolió mucho pues era el primer calzado que había tenido nunca y más me valía estar descalzo que así, pues parecía yo cojo al andar. Además, un pie se me iría enfriando mientras el otro permanecía resguardado y como no me gustaran las injusticias que conmigo se habían ido cometiendo, decidí ponerme el zapato un día en cada pie y así desgastaría los míos por igual y ninguno de ellos se habría de quejar del maltrato que les daba. Pero como aquello tampoco me pareció muy bueno, aunque no tenía otra solución, decidí seguir con aquello mas sólo hasta que pudiese procurarme otro zapato. Cosa que como no hicieran aquellos que me asaltaron, peor que yo iban a ir. Seguí pues, así andando y antes del mediodía llegué a un pueblo en el que me apresuré a entrarme ya que a esa hora era más fácil conseguir qué comer.

Viéronme entrar unos chiquillos y al ver que tan solo llevaba un zapato, se rieron de mí, más me reía yo de ellos que aún no sabían los

problemas que les traería su primer par. Acerquéme a una taberna, mas antes de llegar, estaba una mujer, mas vieja que joven, asomada a la ventana y cuando fui a pasar yo por allí me llamó a la atención y me dijo:

— Hijo, tú no eres de por aquí, ¿verdad?

Respondíle todo lo cortes que mi analfabetismo me permitió:

— No señora. Estoy bastante alejado ya de donde nací y aquí me ha traído la ventura.

— Pues pasa, que tengo un recado que hacerte con el que le podrás ganar la comida de tal día como hoy.

De este modo conocí yo a la mujer que me mandó ir, sin decir a nadie de parte de quién, a una casucha que había a las afueras, donde hube de recoger algunas bolsas llenas de hierbas y unos botes con líquidos muy raros, que por no interesarme más que tener con qué llenar mi estómago, no pregunté por ellos.

De vuelta ya, la mujer me sirvió un plato caliente, que aunque en cantidad, jamás lo hubiese probado tan mal cocinado, pero he de perdonárselo porque me enteró ella al contarle mi viaje, de que un vecino suyo partía aquella misma tarde hacía Badajoz y que ella, por conocerlo bastante bien y tenerle buen trato, me recomendaría para que me dejase acompañarlo.

El señor, al que todos debían llamar molinero porque trabajaba en un molino de río, ni más ni menos que del Tajo, y que era el único del pueblo y de los pocos de la zona, vino bien temprana la tarde a la casa de la vieja. Habíame parecido a mí, que la mujer ésta tenía muchas hijas, pero pronto me pude percatar de que me había equivocado y de que estaba yo más en una casa de deshonra que no con buena reputación. De eso me di cuenta cuando llegado el molinero preguntó por una de las muchachas y mucha prisa no debía llevar cuando buen tiempo estuvo con ella en el piso de arriba al que no me dejaron subir por considerarme muy joven

aún, supongo. Pero había yo vivido bastante y sabía ya de la práctica a la que se dedicaban ciertas mujeres. A pesar de esto, no me importó haber ido a parar allí, pues a mí me habían tratado mejor de lo que muchos lo venían haciendo.

Cuando el molinero quiso emprender el viaje, bajó y tras haber pagado a la vieja, le preguntó por mí. En principio me pareció no muy mal hombre, joven aún aunque algo grueso, cosa que dejaba ver que comía bien lo cual me lo vino a confirmar una de las muchachas que andaban por allí, que se acercó a mi oído para decirme:

— No te dé reparo en abusar si puedes de éste, que tiene ahora mucho más de lo que en su día quitó a otros, tanto que harías un favor a todos si le alivias los bolsillos.

Me quedé yo pensando en esto y guardé bien el consejo porque me pareció muy bueno.

Viajábamos en una carreta tirada por un burro. De este modo avanzábamos más rápido y muchísimo más cómodos, incluso pude quitarme el zapato, que no hice uso de él en unos cuantos días.

Hablando con el molinero, así me hizo saber que debía llamarlo, me contó cómo se había hecho con el molino.

— Con mis manos, Lázaro, con mis propias manos construí yo el molino, que jamás tuve por amo más que a mí mismo y por eso no quiero a nadie a mi cargo, que yo siempre me ha bastado solo.

Como yo no tenía dinero con qué pagar alojamiento y el molinero aunque pudiente era tacaño, me cedió la carreta para que pudiese dormir, lo cual yo se lo agradeceré enormemente, pues gracias a esto tuve yo mis primeras monedas propias.

Habíame dicho que se dirigía a Badajoz porque allí tenía buen mercado y llevaba para vender algunos sacos de harina. Colocando estos a modo de almohada, encontré uno que me resultaba más duro que el

resto y lo abrí por intrigarme lo que contenía. Jamás había estado yo tan contento al encontrar nada y es que el saco estaba lleno de monedas. Empecé a sospechar yo algo del molinero aquel, porque no es normal llevar tanto dinero cuando a lo que vas es a ganar, pero como me acordé de lo que me dijo la muchacha, supuse que lo llevaría encima por avaricia. Cogí yo alguna moneda y con la alegría de tenerlas en mi posesión, dormí como no lo había hecho en mucho tiempo.

Cada noche iba yo cogiendo unas pocas monedillas que a mí me llenaban el bolsillo pero que al saco no vaciaban ni lo parecía. Así me cobraba yo la usura del molinero que me creía bien servido con dejarme dormir en la carreta pues, sabiendo que yo no tenía con qué pagar, ni un solo día se molestó en darme algo de lo que a él le sobraba para comer. Teníame que buscar yo la manera de no pasar mucho hambre y por creer que había encontrado una buena forma de solucionar mi problema, más tiempo estuve sin poder comer.

Había entre los sacos de harina y el del dinero, que yo economizaba cuando podía, otros de salvado para el burro. Viendo un día a éste comer con tanta placidez y estando tan vacías mis tripas que casi ni las tenía, me decidí a probar un poco de su comida. El burro me miraba complacido, como si me invitase a comer con él, y puesto que no refusaba compartir conmigo y que me resultaba lo suyo agradable de paladar, decidí acabar con mi hambre en lo que durase el viaje.

Me entró la risa de pensar en lo ignorante que era aquel molinero, que de nada se enteraba, y de sentirme tan feliz por tener a partir de ahora con qué llenar mi estómago y mi bolsillo. Lo notó mi compañero, que en la tarde me dijo que me veía muy sonriente aquel día, mas no se imaginaba por lo que era.

Pero la risa no me duró mucho y aquella misma noche me entró una flojedad de vientre que en tres días no pasé más de cincos minutos sin apearme del carruaje. Y el mismo tiempo estuve sin probar nada, que

llegó un momento en que creí que tras haber expulsado mi primera papilla, sólo quedaba que se me salieran las tripas.

Me preguntaba mucho el molinero por mi situación como con segundas intenciones. Disculpé yo ésta con la excusa de haber comido algo en mal estado y creo que con esto lo engañé; ahora era él quien se reía y no por mi buena fortuna.

Así nos fuimos llegando a la capital extremeña, mas antes de tener que abandonar a mi primer compañero de viaje, digo primero porque todos los anteriores habían sido amos míos, pude comprobar en mi propia carne la crueldad con la que se lo gastan algunas gentes, que lo de las tierras ya empezaba yo a sospechar que no me traería grandes diferencias.

Y es que creo yo que el molinero, de tacaño y usurero que era, contaba en cuanto no me tenía delante las monedas del saco pues de otra forma es imposible que se diese cuenta de la falta que tenía de algunas de ellas.

Pues como digo, se debió de dar cuenta y el golfo de él me preparó una trampa de la que no puedo borrar el recuerdo, no porque yo tenga demasiada buena memoria sino por la cicatriz que me dejó. Fui yo al saco por la noche, sabiendo que seguramente sería la última antes de volver a estar solo. Pensé que por no volver a ver más al tipo aquel podía yo quitarle alguna moneda más de lo que venía siendo habitual, que aún con éstas tampoco debíase de dar cuenta si no era contándolas una por una.

Tenía que estar en mi cara una buena sonrisa orgullosa cuando la cambié por gritos y algún que otro sollozo. Abrí el saco, metí la mano bien dentro para agarrar un buen puñado y noté cómo me mordían. El sinvergüenza había metido un ratón enorme dentro que se enganchó con tanta fuerza a mi dedo que ya nunca volvería a recuperar la uña. Debió de oír mis gritos el molinero pero aunque fueron a avisarle de que yo estaba herido por un ratón, no fue ni a verme.

Al día siguiente, montados otra vez en la carreta, señalándome el dedo, infectado y medio desgarrado, me dijo:

— Parece, Lázaro, que no has jugado limpio. De ésta aprenderás que hay ratones mas listos que los gatos.

Yo no quise contagiar por no ponerlo peor y porque el dolor me había dejado sin ganas.

Aquel mismo día llegamos, por fin, a la capital. Allí nos despedimos. Ahora tenía que seguir yo solo y decidí buscar amo con el que aposentarme y poder descansar de aquel viaje que me había dejado sin ser yo. Lo primero que hice fue ver bien por dónde tiraba el molinero para ir lo más lejos posible de él. Y hecho esto me fui a comer algo, que tenía dinero con qué pagarlo y después de lo poco que había estado comiendo, necesitaba recuperarme.

Entré en una venta y estando allí, oí a unos ganaderos hablar de un comerciante de lanas que andaba buscando algún muchacho que le ayudase en el trabajo. Me acerqué a ellos y les pregunté por aquel comerciante, que me pareció a mí bien poder entrar a su servicio. Dijeron los que allí estaban que el hombre del que hablaban vivía en un pueblo que había todavía más al sur y que dijéronme reconocería enseguida por tener un castillo con siete torres.

Presto me puse yo a andar, que aunque agotado pensé que cuanto antes llegase antes descansaría. En lo que llegué allí, nada importante me ocurrió y tampoco encontré a nadie que merezca la pena nombrar.

En un par de días, vi a lo lejos las torres del castillo que no me gustó poco y me dispuse a entrar en el pueblo para buscar a aquel comerciante de lanas que tanto andaba buscando a un muchacho como yo. Había bastante gente por allí y como no acertaba por dónde empezar a buscar a aquel hombre y me pareció que había allí cosas bonitas que ver, me fui dando un paseo a recorrer las calles por las que esperaba pasear mucho tiempo si allí conseguía aposentarme.

Cerca del castillo, encontré la plaza llena de ganaderos tratando, artesanos y todo tipo de mercaderes haciendo negocios y niños jugando por en medio. Intenté preguntar a alguien pero todos andaban tan ocupados y ninguno me parecía a mí el que yo buscaba, que seguí andando.

Llegué a las puertas de lo que después pude saber que era la judería. Me gustó tanto el sitio nada más verlo, que entré a preguntar por el amo que tanto quería tener. Había una casa, grande, que bien parecía la de alguien pudiente y al ver la puerta de ésta abierta de par en par, me entré en ella. Reconocí en cuanto entré la casa de un judío y por lo tanto supe que me encontraba en la judería de aquel lugar.

Salió a recibirme el morisco que allí vivía y ya que estaba y marcha atrás no podía dar y, por verdad tengo, que tampoco tenía ningún motivo para ello, preguntéle si conocía a algún comerciante de lanas del que había oído hablar que buscaba a un muchacho. Muy amablemente me respondió:

— Sí, muchacho, conozco de quién me hablas pero llegas tarde. Hace unos días que marchó con otros para ver si podían unirse a una expedición y dejar el negocio. Mas si lo que buscas no es un comerciante sino un amo, puedes quedarte conmigo.

Dudé en principio, pero como le pregunté por las condiciones y no me parecieron mal, me quedé con el que sería mi nuevo cuarto amo. Y digo cuarto porque el fraile me duró tan poco que ni amo me dio tiempo a considerarle.

Así, me quedé con aquel morisco aljamiado que me prometió, a cambio de los recados que me mandase, cama, comida y lo que me resultase necesario y si veía que no nos iba mal a ninguno, podíamos hablar después de algún tipo de recompensa.

Lo primero que hizo este mi nuevo amo nada más que yo entré a su servicio fue comprarme un par de zapatos, que yo creí me daría más pena

tirar aquel que me quedaba, y también una nueva camisa, que se notaba muy desgastada la mía. Esto lo hizo, según me dijo el morisco, porque con las pintas que tenía más le iba a espantar el negocio que no ayudarle a mejorarlo. Negocio que yo aún no sabía de qué se trataba. Y unas calzas serían mi próxima concesión si demostraba valer para quedarme.

Habiendo estado yo unos días con el morisco, apareció por allí un hombre que yo conocía. Él enseguida se acordó de mí pues cuando fui a abrirle la puerta de la casa de mi amo y me vio, no pudo menos que echar en contra mía toda clase de injurias. Comprendí entonces el misterio del saco. El molinero llevaba todo aquel dinero porque era deudor del morisco para el que ahora yo servía y el mercado de la harina era sólo una disculpa para que yo no me enterase de a lo que iba.

Salió el converso al oír el alboroto y como estaba de parte mía, de nada sirvió lo que le quiso decir el molinero al cual largó de allí en cuanto el dinero le hubo entregado.

Tenía yo contento al morisco, que después de un buen tiempo con él seguía yo allí y sin tener apenas de qué quejarme. Me había ganado ya las calzas y mejor aún, su confianza, pues habíame enseñado todo lo que un prestamista debe saber hacer, conocía yo a todos sus deudores y trataba con los de allí mismo. Era yo muy discreto en mis recados pues a cambio me daba buen trato y comida. Sabía también de los ritos judíos que en su casa practicaba el que se decía converso y desde que comprobó que yo de esto nada decía y que estaba dispuesto a negarlo si por ello me preguntaban, menos queja aún yo tenía.

Además, dejábame que me relacionase con la gente del pueblo y podíame salir yo si quería, cuando había terminado mi trabajo, a jugar en la plaza con otros muchachos. Así conocí a un niño llamado Hernando del que estoy seguro que algún día oiré decir grandezas. Habíanle regalado un trozo de madera a la forma de una espada y siempre estaba con esto y diciendo de las conquistas que llevaría a cabo por tierras de ultramar.

Pasado ya un tiempo considerable, creía yo que había encontrado la forma de ganarme la vida y dejar de pagar penalidades cuando vino a ocurrirme algo que me hizo comprobar el error en el que me hallaba.

Como hubiere pasado ya el tiempo, había crecido yo, pero de altura, que aún seguía siendo muy niño. Mas parecía que eso no lo creía la hija del que era mi amo y pronto noté que empezó a estar mucho tras de mí a pesar de ser ella mayor que yo.

Yo, para tenerla contenta a ella, y así a su padre, hacía todo lo que me pedía y la acompañaba a los recados que le mandaba su madre y jugaba con ella en vez de con los otros muchachos.

Pero no tardó en insinuarme ciertas propuestas que no creía yo apropiadas para mí y menos aún para con la hija de mi amo. Yo traté de explicárselo, pero como era caprichosa y no entraba en razones, metióme en un gran apuro pues dijo que sería capaz de contar a su padre que yo le robaba, que le buscaba enemigos o incluso que me había portado mal con ella.

Yo conocía a la muchacha y sabíame que no tendría apuro en mentir. Conocía también al padre que casi lo era mío y no dudaba de que no me creería a mí y que de mala forma se las gastaría.

Andaba yo preocupado con qué hacer cuando una noche oí cómo la hija decía a su madre cosas inciertas acerca de mí. La madre acordó contárselo a mi amo en cuanto éste llegase de un viaje que había hecho hasta la ciudad de Granada.

Para esto sabía yo que quedarían tres días, a lo sumo cuatro y por eso estuve presto en buscar una solución pues no quería que mi amo me echase, que antes me iría yo que pasar por eso.

Así me enteré de los comerciantes de lanas que quedaban, pues sabía que en ocasiones tomaban rutas que llegaban hasta Valladolid. Y como

algunos de estos partían en ese mismo día, decidí escapar con ellos y volverme hasta la tierra en la que yo nací y desde la que emprendí este viaje que más quisiera olvidar aunque no me arrepienta de él.

Con las monedas que me había ido ganando, pude yo hacer el viaje sin depender de nadie y aunque los comerciantes aquellos no me dirigían apenas la palabra, ya que desconfiaban de mí por haber estado al servicio del que tantos intereses les cobró cuando le pidieron ayuda, no me hizo esto sino bien. Pues así, después de varios días, estándonos por las tierras, más o menos, de las que partí con aquel fraile, pude abandonarles sin ninguna pena y explicación al encontrar al que habría de ser mi quinto amo.

PREMIO

EL LAZARILLO Y LA PICARESCA

AYUNTAMIENTO DE BARCARROTA

EDITA

BARTOLOMÉ GIL SANTACRUZ